
I

Me advirtieron que si desembarcaba en Santa Catalina del Océano, no regresaría jamás. El nombre del pueblo de pescadores era otra incógnita: no tenía iglesia, no vio nacer a santa alguna y no estaba frente al océano, sino frente al mar.

Si acudí a Santa Catalina del Océano fue debido a la obstinación de Mr. Wilfort. Tanto insistió que su nombre y el de la caleta acabaron por convertirse en sinónimos, un único vocablo para designar el ineludible destino donde mi realidad e imaginación pugnarían por fundirse en un solo plano para así engullirme hasta el final de los tiempos.

Los verdaderos artífices de Mr. Wilfort fueron los artistas del Movimiento Intelectual Moebius. Ellos me envenenaron con la idea de escribir una novela basada en los dibujos de Escher, un señuelo para mi obsesión, la eterna asignatura pendiente de mi actividad creadora.

Durante veinte años logré evitar aquel encargo maldito mediante la publicación de otros cuarenta libros de detectives, género donde coseché un abrumador éxito. Me casé, mi matrimonio fracasó, enviudé y, al cabo del tiempo, sumido en una inexplicable impotencia que me llevó a ser dominado por mis propios personajes, no me quedó otro remedio que enfrentarme al extraño texto que eludí escribir.

Pero empecemos por el principio.

Mi niñez transcurrió impregnada del típico complejo de inferioridad. Siempre me sentí menos que mis

cuatro hermanos, más tímido con las chicas, incapaz de sumarme a las contiendas contra los muchachos de la escuela vecina. Y es que nunca fui una persona violenta, ni siquiera soportaba la idea de un forcejeo. Sólo me lié a puñetazos una vez. Lo recuerdo como una de las experiencias más traumáticas de mi vida. El gordito Duarte, sin motivo, me dijo al salir de clase:

—Néspolo, tu madre es una puta.

Absolutamente aterrado, pero impelido por el escarnio, me abalancé sobre él para enzarzarme en una pelea con todas las letras, si bien los golpes sólo llovían sobre mí: un alud de arañazos, tirones de pelo, bofetadas y directos al estómago. Cuando nos separaron, mi nariz chorreaba sangre —estaba fisurada— y, en cambio, el gordito Duarte sólo presentaba un pequeño e insultante rasguño en el pómulo. Me llevaron a la enfermería y, antes de las curas, me administraron un sedante porque mi corazón latía como un redoble de tambor.

No, mi carácter pacífico y tranquilo no fue diseñado para la brutalidad. Lloré en mi habitación durante varias horas seguidas (la verdad es que más por rabia que por dolor).

Cuando mi padre llegó de trabajar, puso sus manos sobre mis hombros y me dijo:

—Walter, un Néspolo nunca llora. No estoy decepcionado, pero estaré orgulloso de ti cuando el muchacho que te partió la nariz sea quien lllore.

Me enclaustré en mi cuarto durante una semana porque me sentía absolutamente incapaz de enfrentarme otra vez al gordito Duarte. Por fortuna, mi abuelo paterno se dejó caer, como quien no quiere la cosa, unos días después, cuando llegó a sus oídos que un compañero me había barrido a puños. De joven, había sido boxeador amateur e interpretó aquel mi único y último combate como el primero de una serie que me conduciría a la carrera de púgil que en su caso se truncó. Me regaló un par de guantes de boxeo profesionales y me dijo:

—Para cuando seas mayor de edad —y luego se puso a boxear ante el espejo para adiestrarme en los golpes más elementales.

Con tal de paliar una reacción contraria de su nueva —mi madre—, acompañó los guantes de un libro de historia clásica que depositó sobre un estante, como si fuera un trapo sucio, momentos antes de irse. Cuando me quedé a solas, colgué los guantes de un clavo de la pared de mi habitación y, tras rescatar el libro, me zambullí en él para leerlo de un tirón. El caso es que esas páginas me revelaron que Sócrates, el filósofo, no escribió nada en toda su vida. Lo consideré inaudito porque sus ideas habían sobrevivido durante siglos. Todo cuanto legó al mundo lo hizo mediante el uso de la palabra.

La palabra.

En la vida de toda persona hay instantes decisivos. En la mía, éste fue uno. Si sólo merced a las palabras habladas Sócrates alcanzó tal nombradía, significaba que éstas tenían un poder sobrenatural.

Me entregué a las palabras por completo.

Entre 1943 y 1946 —la etapa de mis once a catorce años— me convertí en un inquilino de las bibliotecas públicas, donde devoré libros y más libros. Mi interés se centraba en todo cuanto versara sobre el lenguaje: significado, etimología, sintaxis, ortografía, gramática.

Más adelante, entre 1947 y 1949, en una actividad impropia, escruté textos que no se correspondían con mi edad: oratoria, el propio método socrático, el cartesiano, el del discurso, el de la hipótesis.

Conforme mi destreza crecía, las palabras iban poniéndose al servicio de mis propósitos. Convencer, seducir, tergiversar la realidad o estar en posesión de la razón. Dejé de sentirme inferior al resto, rondé a atractivas muchachas bajo la convicción de que la musicalidad verbal encubriría mi fealdad y mis complejos. Mis hermanos empezaron a verme con otros ojos y en la escuela vecina mi

nombre ya no dejaba indiferente. Desarrollé una inaudita capacidad para rebatir los argumentos de cualquier oponente y ponerlo en ridículo, si era necesario. Nunca pude optar a cabecilla, pero mis compañeros me respetaban. Si decidía hacer de uno de ellos la diana de mi envenenada lengua, éste no levantaría cabeza durante un buen tiempo.

Utilicé las palabras para vengarme del gordito Duarte, a quien hice llorar como una niña ante sus amigos el último curso escolar. Me ensañé donde más le dolía: en su manifiesta obesidad juvenil. Percibí cómo le doblegaba, cómo dominaba su fuerza bruta, superior a la mía. Sabía que no me agrediría porque su voluntad estaba sometida a la de las palabras.

Desde la dirección del colegio hicieron saber a mis padres que martirizaba psicológicamente a varios de mis compañeros. Cuando me pidieron una explicación, les respondí:

—Nadie hace llorar a un Néspolo.

Mi abuelo nunca supo que el libro con el cual disimuló los guantes fue el detonante de que se quedasen para siempre ahorcados de aquel clavo. No necesité enfundármelos una sola vez para ganar todos mis combates en el primer asalto.

A partir de los dieciocho años, aprendí a combinar palabras para crear mundos de ficción desde donde darle la vuelta a la realidad. Era una nueva y sorprendente posibilidad hasta entonces inexplorada. Ya no sólo se trataba de dominar a quienes me rodeaban. También era posible engendrar seres imaginarios que encarnasen vidas inexistentes. Escribir historias me hacía sentir un pequeño dios.

Al terminar mis estudios obligatorios, me matriculé en la Universidad de Nebrácola para cursar estudios de Filología. Corría el año 1951. Como a tantos escritores

sucede, durante mi juventud aparqué temporalmente la narrativa y me dejé seducir por la poesía. Pero, también como a tantos escritores sucede, comprendí enseguida que no podría vivir de las trovas. Expresar sentimientos era un dispendio que menoscababa el enorme potencial de la lengua. No me había entregado a su estudio para desnudar mi levedad, sino para vestirla con una armadura indestructible, para acceder a los triunfos, el reconocimiento, la notoriedad y —¿por qué no decirlo?— el dinero que una parte de mí anhelaba por encima de cualquier otro bien, tangible o incorpóreo.

No, la poesía no era el camino.

Precisaba un género más popular y, a la vez, libre de cortapisas donde armar mis propias estructuras para demostrarle al mundo que yo era un mago de las letras.

La ficción se demostró como la mejor de las opciones y, dentro de ésta, me incliné por la novela negra: versátil, dúctil, mucho más rica en sus posibilidades... y con miles de potenciales lectores. Al no haber tantas reglas, yo podría imponer las mías. Mediante la novela detectivesca me sería mucho más sencillo conectar con el gran público y saltar a la fama.

Pero eso habría de tardar aún unos pocos años en llegar, pues decidí postergar cualquier publicación hasta no estar seguro de su éxito. En el mundo de los libros no hay muchas segundas oportunidades. Si mi primera novela pasaba sin pena ni gloria, cualquier editorial tendría una razón objetiva para, en lo sucesivo, rechazar mis manuscritos.

Por eso, tras licenciarme, decidí trabajar primero como corrector. Me dedicaba a pulir los textos de otros escritores. Era una ocupación tediosa y alienante. Revisar sin concebir, escribir sin firmar, mejorar lo presente sin opción a imaginar los párrafos futuros. A menudo me consolaba a mí mismo dejando a un lado los manuscritos que andaba corrigiendo y tomaba unos folios en blanco para

completar una novela cuyo final no me había satisfecho. Una fuerza que brotaba de mis entrañas pugnaba por refundir cualquier texto que cayese en mi poder.

Me pagaban en función del número de palabras corregidas. Una palabra, diez céntimos (no dejaba de resultar irónico que mis ingresos se contabilizasen por vocablos). Sobreviví como pude, alojado en la única pensión de la capital que podía costearme, un edificio destartado y ruidoso que, durante la primavera, cuando llovía demasiado, olía a cloaca y orín. Durante esos años de escasez jamás me sentí un desdichado ni consideré un error haber escogido el camino de las letras. Había comprobado en mis propias carnes el poder transformador de la palabra y sabía que sólo era cuestión de tiempo que éstas me procuraran una vida placentera.

El problema de ser corrector era esa proporcionalidad entre el sueldo y el número de términos examinados. Sin darme cuenta, me encontraba compitiendo conmigo mismo por superar cada semana el número de páginas corregidas la anterior. Había meses en que, debido a tal maratón estilístico, no dedicaba ni un solo minuto a mis propias creaciones. Ante el temor de que mi producción quedase aparcada para siempre, me impuse la disciplina de dejar dos horas al día para mis escrituras, siempre a última hora, cuando estaba tan borracho de sintaxis que lo de menos era la forma. Me enfrasqué en una especie de arquitectura literaria. Buscaba un firme armazón, unos cimientos capaces de sostener cualquier argumento que, después de triunfar entre el público, pudiese reutilizar tantas veces como quisiera sin la admonición de los críticos. Había visto a muchos escritores despuntar con un libro y ser relegados al pelotón con el siguiente. Casi nunca volvían a levantar cabeza. Yo no cometería el mismo error. Mientras no diera con un sistema reiterativo, seguiría rutilando con betún las frases de otros.

No resultó sencillo.